

CAPÍTULO VIGÉSIMOSEGUNDO



El Vaticano.—La Sala de la Biga.—Museo Etrusco.—Galería de los Candelabros.—Sala de las Tapicerías.—La Cruz Griega.—Museo Egipcio.—Reflexiones.—La Sala Redonda.—La Sala de las Musas.—La Sala de los Animales.—Galería de las Estatuas.—Sala de los Bustos.—Gabinete de las Máscaras.—Pórtico de Belveder.—Vestíbulo cuadrado.—Museo Chiaramonti.—El Nuevo Brazo.—La Biblioteca.

UN solo capítulo nos proponíamos consagrar á la descripción de los edificios del Vaticano; pero ya ve el lector que á pesar de que nos redujimos muchísimo en el anterior, le dimos una extensión considerable sin haber terminado. Veremos si en el presente podemos concluir la relación de nuestras visitas á la residencia Pontificia. Vamos á visitar principalmente los museos. Comenzaremos por el Pío-Clementino, que lo forman varios departamentos.

Una magnífica escalera de mármol de Carrara dividida en tres rampas conduce á los departamentos superiores. En la parte baja se halla en el centro la puerta de la Biblioteca. Acabando de subir la escalera se pasa á la preciosa cámara circular, llamada de la *Biga*. Decorada con cuatro ventanas, cuatro nichos y ocho columnas acanaladas de mármol blanco, sostienen éstas el entablamento sobre el cual descansa una elegante bóveda. En el centro de la rotonda se ve un carro de mármol tirado por dos caballos; el carro y uno de los animales son de origen antiguo, lo restante es obra moderna. La cinceladura del carro es objeto de admiración para los inteligentes. En los nichos están colocadas cuatro magníficas estatuas del arte griego, y otras tantas se ven en los es-

pacios intermedios. Abajo de los nichos hay cuatro sarcófagos antiguos adornados con bajo-relieves:

Saliendo de esta cámara se sube una escalera que conduce al Museo Etrusco. Hacía muchos años que la Comisión de antigüedades se ocupaba en reunir los más preciosos monumentos encontrados en las excavaciones hechas en el suelo de la antigua Etruria en los confines de los Estados Pontificios. Para dar colocación á dichos objetos el Papa Gregorio XVI, hizo formar el museo que lleva su nombre y fué terminado en 1837. No vamos ni á mencionar lo que contiene este museo: daremos idea de la disposición de sus departamentos, indicando los objetos principales.

Cuatro cámaras sucesivas encierran una multitud de monumentos, estatuas, muebles, utensilios domésticos, etc. Entre estos, en la primera pieza llama la atención una urna cincelada en una piedra rara, parecida al peperín y en el bajo-relieve que la adorna se ve un sacrificio humano: hay otras urnas cinerarias de barro cocido muy curiosas. La estatua de Mercurio que se halla en la segunda sala es digna de estudio, así como una pequeña urna cuyo relieve representa la muerte de Adonis. En la tercera cámara comienza la colección abundantísima de vasos de barro pintado, que es interesantísima por la forma de los objetos y por la calidad de las pinturas. Es admirable entre estos vasos uno de fondo blanco en el cual está dibujada la educación de Baco. En la cuarta cámara se halla en el centro otro vaso notabilísimo por su forma y por el dibujo; un Apolo sentado sobre el tripié délfico constituye su adorno exterior. En esta misma sala se ve otro vaso de gran tamaño del más antiguo estilo etrusco.

En el departamento que se llama el Hemicielo se han reunido los vasos más hermosos y más interesantes de la colección. La cerámica moderna no tiene la variedad de formas ni la elegancia de contornos que se admiran en estos antiquísimos utensilios de la alfarería etrusca.

Hay una sala especial destinada á la colección de tazas. Las hay de muchísimas formas, de lo más elegante y hermo-

so que se haya visto, y de un trabajo fino y delicado. Son muy notables las que representan la expedición de los Argonautas.

Retrocediendo á la cuarta cámara se pasa al salón de los Bronces, en donde llama la atención primeramente la magnífica estatua de un guerrero, que fué descubierta en Todi en 1835. Entre los objetos raros que hay en esta sala, merecen especial mención los que fueron encontrados en un gran sepulcro y consisten en un lecho fúnebre, en un altar de perfumes y en grandes vasos con tres pies. Una extensa variedad de cosas llena los armarios de la sala, como armas ofensivas y defensivas, candelabros de diferentes formas y tamaños, hornillas, tripiés, vasos, etc. Hay un carro; un tocador de forma elíptica, adornado con figuras que representan el combate de las Amazonas; varios altares y diversos utensilios del culto. Lo más notable es la colección de objetos de oro, entre los cuales se distinguen las joyas, de un trabajo exquisito.

De este salón sigue un pasillo en que se ven algunas inscripciones etruscas, y de allí se entra en la sala de pinturas, en donde hay muchas curiosísimas, que han sido copiadas de las que adornaban las tumbas y los otros monumentos y restos de edificios que se han descubierto.

Acabando de visitar este interesante museo, el guía nos conduce á la famosa Galería de los Candelabros, la cual está dividida en seis secciones, y contiene una gran cantidad de monumentos, de candelabros y otros objetos rarísimos. Es un verdadero tesoro el que encierra la Galería en estatuas, en sarcófagos, en vasos, en copas y en otra multitud de esculturas de diversas clases, cinceladas en preciosos mármoles.

Celebrada ha sido siempre la colección de magníficas tapicerías que se halla reunida en la sala de este nombre que sigue á la anterior y que los italianos llaman *Arrazzi*, derivándolo de la palabra *Arras*, nombre de la fábrica en donde fueron hechas las preciosas telas. Son veinticinco las que ahora existen. Era mayor número; pero sustraídas en fines del siglo pasado, fueron vendidas á unos judíos, quienes las

estaban quemando para aprovechar el oro, y habríanse perdido todas si el Cardenal Braschi, advertido á tiempo, no hubiese salvado las que no habían sido entregadas al fuego. La mayor parte de las tapicerías fueron copiadas de dibujos de Rafael, excepto dos que se tomaron de pinturas de Vandyck. Las más notables son las que representan la Pesca milagrosa, la Matanza de los Inocentes, la Curación del hidrópico, la Conversión de San Pablo, la Venida del Espíritu Santo, la Resurrección del Señor, la Ascensión, el Calvario y el Descendimiento. Salgamos de esta sala y siguiendo los pasos del guía nos hallaremos delante de una puerta, la más hermosa y magnífica que pueda imaginarse. Es la que da entrada á la soberbia sala que llaman de la "Cruz Griega," construida y decorada por mandato de Pío VI.

Dos colosales estatuas de estilo egipcio cinceladas en granito rojo, sustentan á manera de cariátides un magnífico arquitecave sobre el cual resalta una soberbia cornisa también de granito, que se halla coronada por dos hermosos vasos egipcios y un magnífico bajo-relieve que representa un combate de gladiadores con bestias feroces. En el friso del entablamento, con letras de bronce, hállase la inscripción: MVSEVM PIVM. No es posible expresar la impresión que se recibe al entrar en esta soberbia estancia. Sus bellas proporciones, su decoración y los interesantes monumentos que contiene llenan de asombro al visitante, quien no sabe por dónde comenzar á ver tantos y tan interesantes objetos. Allí está el gran sarcófago de Santa Constancia, construido en pórfido rojo y cubierto de bajo-relieves con genios, animales y arabescos. Allí la suntuosísima tumba que guardó las cenizas de Santa Elena, también de pórfido rojo adornado con figuras de guerreros y de esclavos, aludiendo á las victorias de Constantino; en la cubierta se ven esculpidos genios, animales y festones. Allí está la famosa Venus, copia de la de Cnido, cincelada por Praxíteles. Allí las dos esfinges colosales en granito egipcio, perfectamente conservadas. Allí las bellísimas estatuas de dos Musas sentadas, las de Augusto, y de *Lucius Verus*, de un orador griego. Allí..... pero no

podemos mencionar siquiera las restantes; nos oprime la estrechez de las páginas de este libro. Pasemos al Museo Egipcio.

Este es uno de los departamentos más modernos; lo fundó el Papa Gregorio XVI, el antecesor inmediato de Pío IX. Un sentimiento de veneración se apoderó de nosotros al entrar en este museo. Teníamos delante los monumentos más antiguos que hay en el mundo. A millares de años se remonta la antigüedad del mayor número de los que forman la riquísima colección. Estatuas de extraña forma esculpidas en granito negro, urnas y sarcófagos en basalto, cubiertas de geroglíficos; bellos leones y otros animales simbólicos: representan las divinidades del Egipto, figurando como la principal la célebre diosa Isis, nos dan á conocer también á los soberanos de uno de los más antiguos pueblos del mundo, identificados los personajes por inscripciones que los sabios han podido descifrar. Entre los retratos notables llaman la atención el de Jivea, madre de Ramasés III, el de Ptolomeo Philadelpho, el de Arsinoes su mujer, y el de Achori, el último de los Faraones. No solamente los monumentos de esta clase forman la colección; utensilios de bronce y de madera, objetos de uso doméstico, instrumentos de guerra y de arte, la enriquecen admirablemente, y lo que más sorprende es la reunión de escritos en caracteres geroglíficos unos y en caracteres hieráticos otros. No se ha saciado con esto la arqueología en su afán por estudiar y dar á conocer á los pueblos primitivos: ha desenterrado los muertos que ha tenido la fortuna de hallar en perfecto estado de conservación, y los guarda el Museo Pío en un departamento especial. Ven-se allí los cuerpos momificados, algunos conservando sin alteración las facciones del rostro; los más envueltos en sus mortajas y muchos encerrados en los mismos ataúdes en que fueron sepultados hace millares de años. En una de las cajas mortuorias se lee todavía la inscripción que identifica el cadáver con un sacerdote de Ammori-ra, de la décimoctava dinastía real.

Cuando después de haber recorrido los varios salones de

que consta el Museo Egipcio del Vaticano, reconstruye uno en su imaginación esos pueblos antiquísimos que desaparecieron de la faz de la tierra, y observa en sus costumbres, en sus trajes, en sus monumentos, una civilización acaso más adelantada que la de los antiguos romanos sus conquistadores; ocurre pensar que en las evoluciones de la humanidad que alternativamente han llevado á los pueblos de la barbarie á la civilización y vice-versa, el mundo no ha recobrado todavía el tesoro de conocimientos que poseía en las edades prehistóricas, como es probable también que la población del globo terrestre dista muchísimo de haberse multiplicado hasta el número en que se extendía en tiempos muy remotos. Orgulloso nuestro siglo con sus descubrimientos y con sus conquistas, olvida que los antiguos pobladores de la tierra nos han dejado vestigios y hasta monumentos de sus avances en las ciencias y en las artes, á que todavía distamos muchísimo de llegar. Reconocer debemos que nos hallamos todavía en un período de decadencia. La humanidad tiene que caminar mucho para llegar de nuevo á la altura de que descendió hace muchos siglos. Llegará sin duda á levantarse, y acaso más; pero pasarán siglos y se sucederán muchas generaciones antes de que recobre el lugar que perdió. Solamente en el orden moral y religioso el hombre de hoy aventaja con mucho al de otros tiempos. Las costumbres han suavizándose bajo la influencia de una religión que ha venido á estrechar las relaciones del Criador con la criatura, y á impulso de esta acción, la humanidad llegará á formar una gran familia de hermanos, unidos por el dulce vínculo de la caridad cristiana. A este bello ideal de perfeccionamiento social é individual caminan los hombres sin aperebirse de ello, y aun combatiendo directamente los medios por donde son conducidos providencialmente á ese fin. El reinado de Jesucristo se extiende por toda la redondez de la tierra; llegará á ser universal y único, á pesar de los esfuerzos que se han hecho y sigan haciéndose por los hombres para destruirlo, y á pesar de las vicisitudes por que viene atravesando la Iglesia desde hace diez y nueve siglos. La obra de la Crea-

ción del mundo no fué hecha en un día: nos lo dice la Revelación y lo predica la ciencia. La obra de la Redención de la humanidad, principió en el Calvario y ha seguido y sigue desarrollándose, hasta que llegue á su total desenvolvimiento.

Objeto de grande admiración es para los artistas lo mismo que para los profanos, la gran sala circular llamada "Sala redonda" que comunica con la de la "Cruz Griega" y fué construida por disposición de Pío VI. Decoradas sus paredes con diez grandes pilastras de mármol de Carrara, la cierra una elegante bóveda con un tragaluz en el centro. En esta sala se ven monumentos de muy grande estimación; es la sala de las estatuas y de los bustos colosales. En el centro se levanta sobre cuatro pies de bronce dorado la magnífica fuente de pórfido rojo de una sola pieza, que perteneció á las termas de Diocleciano y mide catorce metros cuarenta centímetros de circunferencia. Al rededor de la sala se ven hermes gigantescos como los de las Musas de la Tragedia y de la Comedia, de una bellísima ejecución, y el del Júpiter llamado de *Otricoli*, uno de los más preciosos del Museo, y estatuas tan celebradas como las de Antinous, de Ceres, de Nerva y del Genio de Augusto. Mas lo que excede en mérito á cuantas esculturas se admiran en la sala, es la colosal estatua de Hércules, en bronce dorado, de cerca de cuatro metros de altura, que se halla enriqueciendo la colección desde 1866. Es la primera en su clase, y descubierta en 1864 en una excavación que se hacía en el palacio Righetti, fué comprada por el Gobierno pontificio en la suma de 50,000 escudos.

De esta magnífica estancia, atravesando un pasillo en el cual se admiran bustos, bajo-relieves y estatuas notables, se llega á la Sala de las Musas; que así se llama por reunir una colección de estas representaciones mitológicas en nueve admirables estatuas de mármol, de las que fueron halladas siete juntas en Tívoli, y las otras dos existían en el palacio del príncipe Lancellotti. Es sin disputa esta colección la única, y las estatuas de las más bellas que se conocen. Otras varias esculturas valiosas adornan esta sala, siendo la más

notable una de Apolo en el acto de cantar, acompañándose con la lira. El pavimento está cubierto con riquísimos mosaicos antiguos que representan actores y máscaras escénicas, y en el centro una maravillosa cabeza de Medusa.

“La Sala de los Animales,” que sigue á la anterior, ha sido reputada también como una de las secciones interesantes del Museo Pío, por las magníficas esculturas del arte antiguo que en este género se han coleccionado allí. Quisiéramos describirlas, pero en la imposibilidad de hacerlo, mencionaremos, como muy principales, un grupo de un tritón y una ninfa; otro de un león furioso devorando un caballo; un bellissimo ciervo de alabastro, y un Centauro domado por un pequeño Amor que va sobre él cabalgando. También esta sala tiene cubierto el pavimento con antiguos mosaicos de mucho mérito.

Se va de esta á la “Galería de las estatuas,” en donde ya se deja entender que se hallan muchas y muy interesantes. Llamán la atención principalmente la media figura del Amor, que se cree ser copia del celebrado de Praxíteles; la Amazona, una estatua desnuda de Septimio Severo, y la de Ariana, que vulgarmente llaman de Cleopatra. En esta sala se encuentra el soberbio vaso de alabastro que guardó las cenizas de los hijos de Germánius, y fué descubierto en las ruinas del Mausoleo de Augusto.

Llegando á la extremidad de la Galería, se pasa á otro magnífico salón llamado “de los Bustos,” dividido en tres secciones por arcos que sostienen columnas revestidas de amarillo antiguo, con sus contra-pilastras de muy exquisito mármol. Sobre dos hileras de tablas, de mármol también, recibidas en elegantes ménsulas, están colocados bustos y cabezas de diversos personajes de la antigüedad. Dioses, emperadores, poetas, filósofos, se hallan retratados en mármol ó en bronce, esculpidos por los más hábiles cinceles griegos y romanos.

De este salón sigue el “Gabinete de las Máscaras,” rica estancia decorada con ocho columnas de alabastro y otras tantas pilastras del mismo material; sobre lo alto de las paredes reina un friso formado con festones y genios de escultura an-

tigua, y la bóveda está cubierta con pinturas de aceite representando asuntos mitológicos. Entre los monumentos que encierra este Gabinete, se distinguen la estatua de la Danzante, figura llena de gracia y de verdad; el soberbio Fauno en mármol rojo antiguo; la bella estatua de un sacerdote de Mithra, conocido con el nombre de Páris; la noble representación de Minerva en un mármol lleno de vida y de expresión; la soberbia taza de rojo antiguo; una silla de baño, y una magnífica estatua de Adonis. El nombre que lleva este Gabinete se deriva del magnífico mosaico que cubre su pavimento, en el cual se ven máscaras rodeadas de guirnaldas con frutas y pámpanos verdes.

De este Gabinete se vuelve á la sala de los Animales para entrar en el celebrado “Pórtico de Belveder.” Es un bellissimo y suntuoso patio de forma octágona, circundado de un pórtico sostenido por dieciséis columnas de granito y dividido en cuatro secciones que corresponden á cuatro magníficos gabinetes. En el primero se hallan algunas obras de escultura notabilísimas, de Cánova, entre las que se distingue el grupo de los pugiles Greugas y Damosena. En el segundo se admira el Mercurio llamado de Belveder, una de las estatuas antiguas más bellas, en que compiten la pureza del dibujo con la expresión de la cabeza. En el tercer gabinete se halla el famosísimo Laocoonte, descubierto en el monte Esquilino, y es el mismo que nos había descrito siglos antes el historiador Plinio. El sacerdote de Neptuno está representado, con los más sublimes recursos del arte, en los momentos en que va á expirar en compañía de sus dos hijos, entre horribles angustias y dolores, oprimido y atormentado por dos horribles serpientes excitadas por Minerva, á quien Laocoonte había ofendido. Esta obra maravillosa, según el mismo Plinio, se hallaba en el palacio de Tito, y fué ejecutada por Agerandro, Políodoro y Atenodoro, ciudadanos de Rodas. La reproducción de este soberbio grupo, que se halla en la galería de las estatuas en nuestra Academia de Bellas Artes, da una idea muy aproximada de la celeberrima escultura que forma el mejor adorno del Pórtico de Belveder. El cuarto

gabinete sirve de templo á una de las obras más sublimes del arte antiguo; el Apolo, cuya noble actitud y majestuosa expresión, revelan una obra maestra de la escultura griega. La antigüedad de este mármol inapreciable, se hace remontar á los tiempos de la República romana.

Intencionalmente no hemos mencionado siquiera otros muchos monumentos que acompañan las esculturas anteriores en sus gabinetes, y ostenta el pórtico por el exterior en sus cuatro secciones. Ya hemos dicho que no es posible, visitando los departamentos del Vaticano, describir los objetos que contienen, y muchas veces ni mencionarlos, porque tendríamos que ser en extremo difusos. Pasaremos, pues, por alto esos monumentos magníficos; no nos detendremos en el "Vestíbulo circular," sino para contemplar una vez más, desde el famoso balcón de Belveder, el pintoresco y espléndido panorama de la ciudad, que desde allí es encantador; tampoco haremos larga permanencia en la "Cámara del Meleagro," sino para admirar ligeramente la soberbia estatua que da nombre á la estancia, y llegaremos al "Vestíbulo cuadrado," en donde sí es necesario detenernos á ver despacio la obra maestra de la escultura griega, el llamado "Dorso de Belveder," que formó parte de una estatua de Hércules, obra de Apolonio, hijo de Néstor, según lo atestigua la inscripción que se lee sobre el bloc en que descansa el fragmento. Miguel Angel y los grandes artistas han elogiado mucho este mármol precioso, que ha sido objeto constante del estudio de los inteligentes. Aquí acaba el Museo Pío-Clementino, que tomó este nombre de sus fundadores Pío VI y Clemente XIII. Bajaremos una escalera para dirigirnos á otro museo no menos rico, y acaso más abundante que el anterior. Se llama el "Museo Chiaramonti."

El Papa Pío VII fundó este admirable museo para reunir en él todos los mármoles antiguos que no tenían lugar determinado, y otros que adquirió el Sumo Pontífice. Divídese en dos departamentos, que se llaman: "el Corredor Chiaramonti," y "el Nuevo Brazo." Entremos en el primero. Ciento tres estatuas antiguas se hallan colocadas en este inmenso corre-

dor, á derecha é izquierda, fuera de otras muchas formadas con restos de mármoles de menor importancia. Diez grupos principales se desprenden del conjunto. Además, los bustos, los bajo-relieves, los frisos, los troncos, las pilastras, las urnas, los animales, y algunos vasos, hacen subir á más de un millar el número de los objetos contenidos en esta galería. Convendrá el lector en que sería imposible mencionar siquiera los principales. Señalaremos los que más llaman la atención.

Entre éstos figura en primera categoría, un Sileno, dando de beber á un tigre, al cual amenaza con el bastón. La embriaguez de los sentidos y la fiereza del alma, fueron bien caracterizadas por el artista en este mármol.

Una estatua de mujer, sin cabeza, se cree representa á Diana en los momentos en que deja su carro para apartar el follaje que cubre á Endimión dormido. Es admirable la ejecución de las ropas con que aparece vestida.

Llena de vida y de expresión la Vestal Tuccia, es una de las más bellas estatuas del museo, así como una Llorona que no pudo ser representada con más propiedad.

Varias figuras de niños se hallan en la colección, verdaderamente encantadoras. Uno está juntando en su túnica racimos de uvas y se regocija con la idea de comérselos; otro tiene en sus manos unos hacecillos, y mira hacia su frente con espanto á alguien que trata de quitárselos; éste se halla durmiendo con una naturalidad que asombra; aquel acaricia á un pequeño león para adormecerlo, mientras un lagarto se arrastra á sus pies.

Los bustos de Trajano y de Augusto, de tamaño natural, éste en mármol de Paros y aquel en basalto negro, son obras notabilísimas de escultura. Nada más expresivo que la cabeza del primero; nada más bello que el rostro del segundo.

Un Fauno apoyado sobre un tronco de árbol tocando la flauta es una graciosa figura; pero otro en actitud de danzar es un modelo de arte tan delicado, que no puede imaginarse obra más perfecta.

Es admirable un grupo de Baco niño, cabalgando sobre